

## LOS CUENTISTAS

POR LA  
PATRIA.

Aquella vibrante marcha de Cádiz locada por la música del regimiento que se marchaba a la guerra, sonando con el estruendo de las diez y ocho cajas de su banda de tambores en medio de la multitud delirante, que la acompañaba cantando en un coro inmenso, ondeando mil banderas nacionales, enarbolando gorras, sombreros y boinas en la punta de los bastones; aquellas líneas de los pantalones grana de los soldados, materialmente ahogadas por la masa enorme de la gente que acudía a despedirlos, y que no sabía qué hacer con ellos

en su borrachera de entusiasmo; toda aquella hermosa locura de la muchedumbre con un solo corazón latiendo por la patria, se le metió en el alma al muchacho, y si entonces se hubiera abierto en la misma estación banderín de enganche, es seguro que sin más dilaciones, tal como estaba, con la blusa del trabajo y la tarterilla de la comida colgada de la muñeca, se larga en el tren militar, ávido de derramar su sangre por el honor nacional, como iban a hacerlo los mil hombres que el férreo convoy se llevaba a la costa, entre el último alarido del pueblo y las primeras sombras del crepúsculo de la tarde.

Cuando el tren arrancó, despacioso y solemne, con sus ventanillas «tapadas» por piñas de cabezas con roses, ronco de gritar ¡viva España! y ¡viva el Ejército!, medio loco en la atmósfera de horno del andén, en el que se agolpaban tres mil personas, no se acordó de nada, no se acordó de su madre, parálitica, presa en la desmantelada guardilla, sin otro amparo que el suyo ni otro sostén que su jornal.

¡Ah, si no hubiera sido por ella! La idea, el deseo imperioso de sentar plaza, de tomar el fusil, de ser uno de tantos en la defensa de la patria; ya había pasado por su mente varias veces, siempre que a la hora de descanso, entre el trabajo de la mañana y el de la tarde, leía al pie «de la obra» en los periódicos los insultos de los yanquis, en su campaña cobarde de comadres vocingleras. Y sin tiendo hervir en su sangre turbulenta de hijo del pueblo, llena de generosidad, la indignación, contra tanta injusticia, experimentó el anhelo invencible de irse a pelear. No le bastaba que fueran los demás, no; quería huir por sí mismo el cuchillo del maüßer en el pecho enemigo, verle abierto por

propia mano, ver correr a los yanquis, si se atrevían a desembarcar en la isla, delante de nuestros cazadores, que es la tropa de «más agallas» que se pasea por el mundo. Los compañeros le llamaban, le llamaban a la razón: su madre no tenía a nadie sino a él.

Y ahora, todavía fresca la impresión de la despedida de las tropas, adelantaba por el Prado bramando de coraje, con los ojos húmedos por las lágrimas, murmurando con tristeza:

¡Quién se hubiera marchado con ellos!

II

No supo él cómo, pero se encontró en aquel salón del Banco donde se entregaban las cantidades para la suscripción nacional. Al pasar por las grandes puertas de la calle de Alcalá, un súbito arranque le metió en el portalón, echó al azar por una escalera, y al primer portero que encontró al paso le preguntó con la timidez del que se halla en un sitio que pisa por primera vez:

—¿Es aquí donde se da ese dinero para la guerra?

Iba hablando solo, sin fijarse en los peldaños. No contaba más que con lo justo para comer, con lo que ganaba con la llana; pero ¡qué demonio!, eran los dos solos, su madre y él. Ya se las arreglarían. Estarían dos días a patatas, o suprimirían un poco carne de contralapa con la que ponían el cocido. ¡Y aunque pasara hambre! No se retiraba a su casa sin haber hecho algo.

Y huido en su monólogo, apretando instintivamente sus doce pesetas por bajo de la blusa, como si temiera que se las robaran, hallóse entre las gentes que iban y venían a depositar cantidades en las taquillas destinadas a la suscripción nacional. La mayoría de los postores era de la clase media, rica o de la aristocracia, señorío de levita larga y flamante sombrero de copa. Menudeaban en las bocas, ornadas con el elegante bigote de sortijilla, puros con faja. Muchos de los imponentes se conocían, saludándose en alta voz, hablaban de con solidados y de renta perpétua. Al pagar enseñaban carteras con billetes de Banco. La nota dominante era de entusiasmo, de abnegación.

El albañil sorteo la gente, y con aire tímido se fué acercando a la taquilla. Tres o cuatro caballeros entregaban a la sazón sus cantidades. Tuvo que esperar y empezó a observar entonces algunas pupilas de extrañeza. Su humilde traje blanco de fae-

na desarmonizaba en el grupo de levitas. Pero no cayeron sobre él miradas desdeñosas, no, sino de simpatías de cariño. Era el pueblo, que respondía al llamamiento de la nación.

—Don Juan Fernández, quinientas pesetas, dijo uno de los caballeros que aguardaban, sacando cinco billetes del bolsillo.

—Don Luis López, quinientas también, exclamó otro cuando el empleado formalizó la entrega del primero.

—El marqués de la Peña, seis mil.

Hubo un estremecimiento en los más próximos a la ventanilla, estremecimiento que se convirtió en un grito de asombro cuando un señor grueso, con monóculo y alfiler de brillantes en la corbata, se adelantó exclamando:

—El duque de Urbión, doscientas cincuenta mil.

Todos los ojos se clavaron en el opulento, que con la sencillez del que está acostumbrado a manejar el dinero dejó su millón, un paquete de billetes, y satisfecho del deber cumplido se retiró.

El albañil habíase acercado a la ventanilla por fin. Y de pronto se oyó una voz trémula que decía

con esa locuacidad artesana espontánea, que no sabe entrar en una oficina sin desembucharles en los oídos a los empleados una porción de cosas que ni les importan ni vienen al caso:

—¿Pa qué hace falta poner mi nombre? Escriba usted: un albañil, dos pesetas. La cuestión es dar el dinero. ¡Y después de lo que ha soltado ese señorón, la órdiga! Yo apenas me llamo Pedro: En fin, el que hace lo que puede no está obligao a más, y yo pa dejar esto, que es un día de jornal, se lo quito a mi vieja ¡Conque abur!

Aquella ingénuo confesión hizo olvidar súbitamente el millón ingresado, y las miradas de todos los imponentes fueron a detenerse en el pobre albañil. Su blancura adquirió de pronto una innacuada grandeza. Por su impulso espontáneo las frentes se inclinaron; y el público abrió paso con respeto al obrero humilde, que ajeno a la majestad que irradiaba de su persona, se retiraba avergonzado después de depositar en la taquilla de la suscripción y en holocausto a la patria las dos honradas pesetas de su comida de un día.

A. PÉREZ NIEVA

## LA POSADA DEL ROSARIO

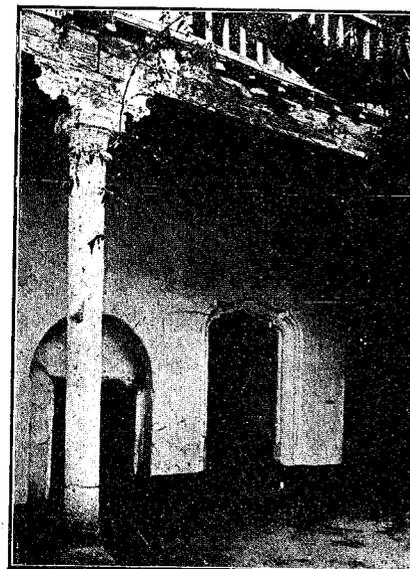


Foto. Zamácoja

Una vista de la Posada del Rosario, en la que aún quedan vestigios de las construcciones antaño.

Aunque ha sido remozada, conserva detalles de sabor clásico que hablan de tiempos remotos y costumbres milenarias.

Lo que fué cocina, en donde la campana enorme de la chimenea lo cubre todo, parece decir que, al amor del rescoldo del fogón, se reunían arrieros, clérigos, galloferos y trajinantes, escuchando temerosos y embelesados, la fábula embrujada de un juglar o la conseja de un home que, pícaro y galante, llegó al hostal en busca de la amorosa aventura...

Y otros detalles que recuerdan aquella época de oraciones y galanteos, de románticos hidalgos, de abominables inquisidores...